Memòria de la Transició a Espanya i a Catalunya

Rafael Aracil Antoni Segura (Editors)

La reforma de l'exèrcit i de l'administració local







Memòria de la Transició a Espanya i a Catalunya



La reforma de l'exèrcit i de l'administració local

Memòria de la Transició a Espanya i a Catalunya

La reforma de l'exèrcit i de l'administració local



Rafael Aracil Antoni Segura (Editors)

autors

Albert Boadella Jordi Boria Joan Botella Juli Busquets Vicenç Capdevila Gabriel Cardona Andreu Farràs Javier Fernández López Josep Gomis i Martí Josep M. Huertas Francisco Laguna Sanquirico Francisco López de Sepúlveda Pasqual Maragall Alberto Oliart Carles Prieto Carles Santacana i Torres Narcís Serra



ÍNDEX

Nota dels editors	9
Gabriel Cardona. El ejército, sostén del régimen	11
Juli Busquets. Contraideologia militar i associacionisme clandestí dintre les forces armades durant el franquisme	39
Javier Fernández López. El ejército durante la transición democrática (1975-1982)	61
Alberto Oliart. Las fuerzas armadas y los gobiernos de UCD	89
Narcís Serra. La reforma militar i la transició espanyola a la democràcia	121
Francisco Laguna Sanquirico. La transición militar española	143
De La torna al 23-F (Taula rodona)	163
Carles Santacana. L'administració local durant el franquisme	185
Vicenç Capdevila. L'administració local durant la transició	203
Joan Botella. Las primeras elecciones municipales democráticas: instituciones, territorios y partidos	231
Pasqual Maragall. La reforma dels ajuntaments democràtics, inici de la proposta federal	243
Josep Gomis i Martí. Les diputacions en el canvi democràtic municipal	257
Les relacions entre els ajuntaments i el moviment veïnal (Taula rodona)	271

NOTA DELS EDITORS

Novament publiquem un altre volum, el tercer, de la Memòria de la Transició a Espanya i a Catalunya. En aquest cas es tracta de les intervencions, i alguna vegada també el debat, que van tenir lloc entre els mesos de febrer i abril de l'any 2001 a la Universitat de Barcelona. Es tracta del curs de lliure elecció que, sobre el tema "La reforma de l'exèrcit i de l'administració local", vam celebrar a la seu del Centre d'Estudis Històrics Internacionals del Pavelló de la República, així com al Seminari d'Història de Barcelona de l'Ajuntament de Barcelona. El segon d'aquests cursos, coordinat per Susana Tavera i Andreu Mayayo, el vam publicar l'any 2001 –vegeu: Rafael Aracil i Antoni Segura (Eds.): Memòria de la Transició a Espanya i a Catalunya (II): Sindicalisme, gènere i qüestió nacional, CEHI /Edicions Universitat de Barcelona/ Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2001, 335 pàg.

Aquest tercer text que ara presentem és la transcripció de les intervencions fetes el curs passat. Tanmateix, alguns ponents han donat el text escrit, que el fa més concís que el d'aquells els quals s'ha hagut de transcriure conservant, per tant, el seu estil oral. D'altra banda, tant en els primers com en els segons, el debat posterior a la seva intervenció no s'ha pogut mantenir per la seva fragmentació i confusió. Així doncs, per raons tècniques només s'ha conservat quan se n'ha pogut restablir el sentit amb garanties.

Els esmentats cursos de lliure elecció, que vam iniciar l'any 1999, tenen per objectiu fornir els nostres estudiants d'un marc de reflexió que els ajudi a completar la seva formació política, social, professional i cívica, a través dels testimonis dels participants en aquell important procés de transició del nostre passat recent.

Destaquem també la continuïtat que hem assolit en aquests cursos. Així, durant els mesos de febrer i març d'aquest any 2002 en què publiquem aquest tercer volum, dedicat a l'exèrcit i a l'administració local, s'ha impartit la quarta edició del curs Memòria de la Transició, dedicada en aquesta ocasió a "Els joves de la Transició", que també publicarem el proper any 2003.

Finalment, volem agrair a tots els qui, d'una forma o una altra, van intervenir en aquestes sessions les facilitats que ens van donar i la cortesia amb què ens van tractar.

RAFAEL ARACIL (director)/ANTONI SEGURA (vicedirector)
Centre d'Estudis Històrics Internacionals
Pavelló de la República
Abril de 2002

EL EJÉRCITO, SOSTÉN DEL RÉGIMEN

Ponent:

Gabriel Cardona Universitat de Barcelona

El Ejército de la Victoria

Durante la guerra, una vez nombrado generalísimo, Franco suprimió la Junta de Defensa Nacional, y en diciembre disminuyó la importancia de Queipo de Llano y Cabanellas, ascendiendo a general de división a Orgaz, Mola, López Pinto, Valdés y Dávila; consolidó su situación militar nombrándose capitán general y presidente del gobierno en 1938. Pero no prodigó los ascensos, en toda la guerra sólo creó 37 generales de brigada, 8 de división, ningún teniente general y prefirió conceder grados habilitados, provisionales u honoríficos.

Reticente con los generales prefirió confiar los cargos políticos de confianza a militares de graduaciones intermedias, muchos de ellos pertenecientes al cuerpo jurídico militar como Máximo Cuervo, Acedo Colunga, Martínez Fuset, Blas Pérez y Garicano Goñi.

En 1939 contaba con una anticuada Marina, una Aviación desgastada y un Ejército de Tierra de un millón de hombres, casi todos a pie. La pobreza, el desgaste del material y la precaria situación de la industria española reducían su potencia militar a casi nada en el panorama de una guerra europea.

El cuerpo de oficiales poco se parecía al de 1936. Continuaban en activo algunos generales veteranos, pero la mayoría, desde general a comandante, eran africanistas de la generación de Franco, seguidos por otra poco numerosa de oficiales más jóvenes promovidos al final de la Dictadura y durante

la República. El grupo más numeroso ya no pertenecía a las antiguas dinastías, ni se habían educado en las academias, sino que era producto de las trincheras, con una mentalidad nueva, básicamente improvisados con estudiantes de la clase media de pequeñas poblaciones andaluzas, gallegas o castellanas a quienes apenas se exigió otra cosa que disciplina, lealtad y valor.

La reforma Varela

En agosto de 1939 Franco puso en marcha una reforma destinada a reforzar su poder y reconvertir el Ejército de la guerra. Desapareció el Ministerio de Defensa, sustituido por el Alto Estado Mayor y tres ministerios militares. El nuevo ministro del Ejército, general Varela, y su subsecretario Camilo Alonso Vega, amigo íntimo de Franco, redujeron el Ejército a la tercera parte, reprimieron a los vencidos y metieron en cintura a los jóvenes vencedores, de modo que lograron un conjunto disciplinado que acataba cualquier decisión superior. Los oficiales provisionales que permanecieron en filas eran hombres de escasa formación intelectual que se impregnaron de la ideología del régimen a medida que éste la explicitaba, combinándola con un ordenancismo que encajaba con la mentalidad de la clase media tradicional. Convertidos en el verdadero núcleo del partido franquista, proporcionaron al dictador una sólida plataforma de poder, muy fiel a su persona y a los ideales "militares" de la guerra.

Aunque los gastos del Ejército absorbían la cuarta parte del presupuesto estatal y la mitad el conjunto de la defensa, los enormes efectivos acaparaban los recursos sin permitir la compra de armamento y equipo, de manera que se multiplicaron los vicios tradicionales del Ejército español: hipertrofia, desprofesionalización y falta de capacidad guerrera.

Más que la operatividad, inquietaba al régimen la configuración social del Ejército. Entre finales de 1939 y 1942 reanudaron su actividad todos los centros de enseñanza militar y la ley de 27 de septiembre de 1940 restableció el sistema de Primo de Rivera, Academia General incluida. Se legisló que los militares únicamante podían contraer matrimonio con mujer española, hispanoamericana, filipina, católica y no divorciada; no podían formar parte de los equipos deportivos; los suboficiales se vieron desprovistos de sus casinos y, hasta finales de 1941 no pudieron vestir de paisano. En el servicio militar obligatorio de dos años, menudeaban las bofetadas, el estado sanitario, rancho, vestuario y calzado eran pésimos, los soldados y cabos debían llevar el pelo cortado al cero "por motivos de corrección y buena disciplina", y tenían derecho a dos sesiones semanales de enseñanza religiosa, misa dominical, cumplimento pascual, clase de analfabetos y lecturas censuradas por el capellán.

La depuración

Las sentencias de la guerra civil fueron severísimas contra los militares republicanos, los generales Fernández de Villa-Abrile, Molero Lobo y Gómez Morato fueron encarcelados; muertos Batet, Campins, Romerales, Núñez de Prado, Caridad Pita, Salcedo, Toribio Martínez Cabrera, Aranguren y Escobar, y los almirantes Camilo Molins y Azarola, y condenados a muerte o prisión numerosos militares y marinos. A mediados de diciembre de 1936 se creó una Junta Superior de Depuración, de manera que en 1939 no quedaban en activo republicanos, liberales e izquierdistas manifiestos. La Ley de represión de la masonería y el comunismo estableció: "no deben figurar en los cuadros activos de los Ejércitos los que han servido a la secta, aunque más tarde se hayan retractado". La Ley de 12 de julio de 1940 facultó la separación del servicio, y sin que pudiera interponerse recurso. La Ley de 27 septiembre de 1940 restableció los tribunales de honor, restaurados por decreto el 17 de noviembre de 1936, cuyos efectos fueron devastadores contra quienes habían hecho la guerra con la República. Todos los oficiales y gran número de suboficiales, clases, guardias o carabineros acabaron expulsados o retirados.

La desconfianza de Franco hacia la Guardia Civil le incitaba también a disolverla pero Alonso Vega logró evitarlo hasta que la Ley de 15 de marzo de 1940, la reorganizó convirtiéndola en un cuerpo del Ejército sin oficialidad propia. La Policía no se organizó hasta que la Ley de 8 de marzo de 1941 asignó la seguridad del Estado a la Policía, Guardia Civil y Milicia de Falange, un conjunto cuya militarización fue reforzada por la Ley de seguridad del Estado del 29 del mismo mes.

El ámbito militar se extendió a la administración civil, cuando las numerosas plazas vacantes fueron cubiertas de acuerdo con la Ley de 25 de agosto de 1940 que obligó a reservar el 20 % de los destinos públicos para alféreces provisionales o de complemento, el 20 % para otros excombatientes, el 20 % para mutilados de guerra, el 10 % para excautivos, el 10 % para huérfanos de guerra y similares, reservándose el resto para la oposición libre.

Generales contra Serrano Suñer

Las milicias falangistas y carlistas que tomaban parte fueron militarizadas el 20 de diciembre de 1936, aunque se les permitió conservar sus símbolos, uniformes y canciones. Únicamente los falangistas promovieron pequeños conflictos en defensa de la identidad del partido, pero la pugna mayor se centró entre Serrano Suñer y los generales, uno de los cuales, Kindelán, ya se le enfrentó antes de acabar la guerra. En julio de 1939,

Queipo de Llano demostró públicamente su disconformidad y fue cesado como capitán general de Sevilla y enviado a Roma donde los italianos le mantuvieron vigilado.

Los falangistas intentaban convertir su milicia en un ejército del partido como la Milicia Fascista italiana o las Waffen-SS alemanas. Varela, ministro del Ejército, se oponía y Muñoz Grandes, secretario general de Falange y jefe de la Milicia defendía una línea intermedia: armada pero controlada por militares. Aunque Muñoz Grandes era considerado falangista, no se plegaba a Serrano Suñer, quién logró que el 16 de marzo de 1940, Franco lo sustituyera por Valentín Galarza en el mando de la Milicia y que el 15 de noviembre lo cesara como secretario general del Movimiento, indignando a los generales ya inquietos por la actitud de los falangistas que hablaban de establecer un régimen como el italiano y entrar en la guerra mundial junto al Eje. Muchos eran monárquicos y todos sabían que España no podía participar en la guerra porque carecía de equipo militar y la alimentación española dependía de los transportes llegados a través de mares controlados por la marina británica.

Cuando los alemanes ocuparon Francia, y aumentaron las presiones para que España entrara en la guerra, Franco temió un complot de los falangistas pronazis y el 27 de junio de 1940 destituyó a Yagüe, ministro del Aire, que mantenía contactos con ellos, confinándolo durante veintinueve meses en su pueblo natal de San Leonardo.

Como los monárquicos eran neutralistas y proaliados, Aranda entró en contacto con los diplomáticos ingleses, Kindelán se enfrentó abiertamente a Serrano y la Falange y Varela incrementó sus simpatías por el carlismo. Franco replicó inmediatamente con actuaciones diversas sobre partidarios de la monarquía: impuso la medalla militar a los hermanos Ansaldo, cesó a Martínez Campos como jefe del Estado Mayor y nombró a Orgaz alto comisario en Marruecos.

Las presiones de Hitler sobre Franco disminuyeron cuando el Mediterráneo perdió importancia estratégica a consecuencia de la invasión de Rusia, acontecimiento que aprovechó la Falange para ofrecerse a formar la División Azul con sus afiliados, iniciativa mal vista por los generales que lograron imponerle el nombre oficial de División Española de Voluntarios y copar los mandos con el general antiserranista Muñoz Grandes y militares, de manera que los altos cargos falangistas debieron incorporase como soldados rasos. Los voluntarios llegaron en julio de 1941 al campamento bávaro de Grafenwöhr que abandonaron a finales de agosto y, tras la instrucción y una marcha a pie de 1.000 km, les fue asignado un cometido de segunda categoría en el frente defensivo del Norte, en lugar de atacar Moscú como esperaban.

Como los efectivos de la División Azul se relevaban periódicamente, Varela se aprovechó enviando a su amigo Esteban-Infantes para sustituir al falangista Muñoz Grandes. Pero Hitler, que jamás había confiado en Franco ni Serrano Suñer, creyó a Muñoz Grandes, que se presentaba como un fascista y, decidido a mantenerlo en reserva, encargó a Canaris que convenciera a Franco de la inoportunidad del relevo e hizo que Esteban-Infantes permaneciera en Berlín a la espera de órdenes.

Las intrigas en Madrid eran complicadas: Varela y los generales monárquicos, competían con Serrano Suñer, apoyado por el embajador Von Stohrer y el consejero Heberlein que eran enemigos de Von Ribbentrop. En la misma embajada, Erich Gardemann, representante del Partido Nazi, y los agregados militares conspiraban con la Falange pronazi para meter a España en la guerra y mantenían contactos con Yagüe. La crisis se produjo cuando el 16 agosto de 1942, unos falangistas lanzaron una bomba de mano en el Santuario de Begoña, tras la celebración de una misa carlista a la que asistía Varela, causando numerosos heridos. Uno de los autores fue fusilado y Franco destituyó a Galarza, ministro de Gobernación, a Serrano Suñer y a Varela.

Franco y los monárquicos

El 11 noviembre 1942 don Juan de Borbón hizo al Journal de Genève su primera manifestación antifranquista y democrática. Inmediatamente Franco maniobró contra los generales monárquicos, se apoyó en los falangistas, rehabilitó a Yagüe y lo envió a Melilla para debilitar una posible colaboración con los aliados del alto comisario, el monárquico general Orgaz. El 30 Aranda fue cesado como director de la Escuela Superior del Ejército y sustituido por Kindelán, trasladado desde la Capitanía General de Barcelona. Mientras atacaba a los monárquicos en el interior, tranquilizó a los aliados en el exterior por medio de Jordana, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores. En diciembre logró sustituir a Muñoz Grandes porque Hitler también creía llegado el momento de enviarlo a España, cuya posición estratégica recuperaba importancia desde la derrota del Africa Corps y el desembarco americano en Casablanca.

Los alemanes esperaban que Muñoz Grandes, unido con Asensio, Yagüe y Arrese presionaría para que España entrara en la guerra. Pero Yagüe estaba alejado en Melilla y Muñoz Grandes, no recibió mando de tropas. En la primavera de 1943, las malas noticias de la guerra enfriaban los entusiasmos germanófilos. Muñoz Grandes, Asensio y Yagüe aprovecharon la oportunidad de acercarse a Franco, que les necesitaba contra los

generales monárquicos, y el Ejército fue reorganizado para hacer frente a las nuevas amenazas, con un despliegue orientado a los Pirineos, creándose la XI Región Militar para vigilar el Estrecho y la división acorazada Brunete, cuyo único material moderno eran un batallón de carros Tiger y una batería de cañones autopropulsados recién comprados en Alemania.

Cuando, alentados por la crisis militar del Eje, 27 procuradores en Cortes escribieron a Franco pidiendo la restauración, sólo captaron a cuatro militares sin mando: Valentín Galarza, Ponte, Moreu y Luís Alarcón de Lastra. Poco tiempo después, cayó el fascismo italiano, y Orgaz y Kindelán promovieron una carta a Franco en demanda de la restauración, firmada por ocho tenientes generales monárquicos y el beneplácito implícito de otros. No obtuvieron respuesta y Franco los controló luego, uno a uno, porque contaba con el respaldo del Ejército, vertebrado por la masa de oficiales jóvenes y sargentos de la guerra.

Ante la crecida estratégica de los aliados, 1 de octubre de 1943, abandonó España la "No beligerancia", regresó a la "Neutralidad" y retiró la División Azul del frente ruso, donde sólo quedó un regimiento español, también retirado al cabo de medio año. A pesar de que del total de 47.000 voluntarios, 22.000 resultaron muertos, heridos, enfermos o desaparecidos, la simpatía proalemana se mantuvo en el Ejército hasta el final de la guerra, prolongada por la creencia en las armas milagrosas y la magnificación de la capacidad de resistencia. Los militares consideraban a los ingleses como el verdadero enemigo, los falangistas aprovechaban cualquier ocasión para reivindicar Gibraltar mientras Franco permitía que 10.000 españoles trabajaran en el Peñón, gozó de la protección de Churchill durante toda la guerra y maniobraba para que la corona británica no apoyara a don Juan de Borbón. La situación española era tan precaria que la momentánea suspensión de las ventas de gasolina americana obligó a que el desfile de la victoria de abril de 1944 fuera exclusivamente a pie, sin aviones ni carros. Pero Churchill aseguró en los Comunes, el 24 de mayo de 1944, que España había prestado un gran servicio a la causa aliada al no obstaculizar el desembarco de Casablanca y que los problemas internos solo concernían a los españoles. En decir, que los monárquicos no contarían con ayuda británica.

Los guerrilleros

Otro peligro parecía amenazar al franquismo. Desde la primavera de 1943 grupos de republicanos y comunistas españoles trabajaban con los servicios secretos americanos para trasladarse a España y, en 1944, iniciaron los desembarcos de guerrilleros en las playas andaluzas. Ante los nuevos problemas se promulgó el Decreto sobre represión del bandidaje y terrorismo de abril de 1944 y el duro general Camilio Alonso Vega tomó el mando de la Guardia Civil.

Ante la amenaza armada, los militares sintieron renovado su espíritu de la guerra civil y se agruparon alrededor de Franco cuando, en octubre, se produjo la verdadera invasión guerrillera a través de los Pirineos. Las partidas no consiguieron sobrepasar la fase montañesa y su represión se traspasó pronto a la Guardia Civil, aunque los prisioneros comparecieron siempre ante la justicia militar y el Ejército continuó en misiones de cobertura.

En la época de la derrota alemana y la publicación en Lausanne del primer manifiesto de don Juan de Borbón, Franco se apoyó de nuevo en los generales falangistas, ahora desactivados por el fracaso de Hitler, y apartó del mando a los monárquicos más importantes: confinó al general de aviación Alfonso de Orleans en Sanlúcar de Barrameda, a Kindelán en Garachico (Canarias) y alejó a Varela como alto comisario en Marruecos. Ante el desastre alemán, los escasos oficiales proaliados disimularon sus simpatías y la mayoría germanófila achacó el resultado a las quintacolumnas comunistas, la alianza de los judíos y, sobre todo, al material americano sobre el que se volcaron todas las invectivas, considerándolo antítesis de los valores militares, basados en el espíritu. El Ejército inició una fase de exaltación de la estrategia basada en los valores del español y su geografía, es decir la defensa pirenaica y la exaltación de la guerra de montaña y hasta tuvo lugar una surrealista campaña contra la motorización militar y en defensa de los caballos y mulos.

Entre tanto, los militares formados en la guerra civil se funcionarizaban, los oficiales provisionales ingresaron en las escalas activas entre 1939 y 1948, y los sargentos entre 1942 y 1944, con posibilidades de convertirse en oficiales en una academia específica fundada en 1943. Durante la Guerra Mundial, no se incorporaron nuevos mandos, hasta 1946 no recibió sus estrellas de teniente la primera promoción de la Academia General. La formación de sargentos que no hubieran hecho la guerra quedó para más tarde.

El final de la posguerra

A pesar de que la inhibición inglesa dejó sin posibilidades la restauración monárquica, algunos generales continuaron vinculados a las conspiraciones de los círculos madrileños. Sin apoyos en los escalones inferiores, Franco los controló fácilmente, entre 1946 y 1949: Aranda sufrió un arresto en la batería de Enderrocat (Mallorca), Kindelán en el fuerte de Guadalupe (Fuenterrabía), Beigbeder en Madrid y, por último, Alfonso de Orleans, Aranda y Gil de Arévalo fueron pasados a la reserva.

La ideología del militarismo reaccionario, plasmada en 1950 por Jorge Vigón en su libro El espíritu militar español, era la única aceptada. Sin embargo, el catolicismo y el falangismo, como líneas secundarias del régimen, tuvieron sus adeptos en el Ejército. La vinculación a la Falange se renovó gracias a las oportunidades laborales que el partido y sus sindicatos ofrecían a los mal pagados oficiales, originándose pintorescas carreras dobles, con las de Solís, García Rebull o Fernández Cuesta. En el pensamiento religioso existieron líneas apartadas del nacionalcatolicismo, como la muy cautelosa del artillero cristianodemócrata Francisco Sintes Obrador, autor en 1951 del libro Espíritu, técnica y formación militar que, sin apartarse de la ortodoxia, defendía los valores de la técnica a la que no consideraba opuesta al espíritu.

Más original era Forja, cuya primera asamblea tuvo lugar en 1951. Era una asociación católica y falangista de aires catecumenales, fundada por el capitán Luis Pinilla y el jesuita José Mª de Llanos, profesores de un colegio falangista destinado a preparar cadetes para la Academia General Militar. Forja, algunos de cuyos miembros llegaron a recibir órdenes litúrgicas menores, pretendía formar una nueva oficialidad, honestamente católica y patriótica, necesidad intuida por una nueva generación de oficiales de carrera, deseosos de recuperar la profesionalidad devastada por el alud de militares de la guerra.

El choque generacional era muy corriente entre los cadetes y profesores mal preparados, cuyo único recurso intelectual eran los recuerdos de la guerra civil. La decepción que se multiplicaba cuando, acabados los estudios, los jóvenes tenientes, se repartían por los cuarteles y descubrían un Ejército en pleno marasmo que los situaba a la cola de un escalafón donde era imposible ascender. Oficiales con preparación intelectual, se sentían condenados a perder la juventud en tareas subalternas y arbitrariamente valoradas por sus mandos. Las frustraciones hallaron cabida desde 1952 en la revista *Reconquista*, de la acción católica militar. Un grupo de hombres de Forja, como los tenientes Alonso Baquer y Julio Busquets, inició la defensa de las esencias del oficial cristiano, abandonadas por los provisionales. Sus artículos desencadenaron una avalancha de réplicas de los militares de la guerra pero la revista mantuvo su línea, hasta que, en enero de 1956, la autoridad militar impuso a Jorge Vigón como director de *Reconquista*.

Cualquier modernización estaba condenada de antemano y la constitución de la Alianza Atlántica en 1949 fue contemplada despectivamente por un Ejército cerradamente antiotanista durante un cuarto de siglo. La situación profesional era, entre tanto, dramática, con todos los males de la historia militar española reproducidos y multiplicados. Los oficiales se agrupaban en enormes escalafones sin posibilidad de ascenso, los sueldos eran